

# **DE CONTINUIDADES Y RUPTURAS: UN RECORRIDO POR EL PENSAMIENTO SOCIALISTA DEL SIGLO XX<sup>2</sup>**

NAHIA SANTANDER

La coyuntura actual, caracterizada por la reestructuración a escala mundial del proceso de producción capitalista y, a su vez, por la reorganización a largo plazo de las principales instituciones sociales y políticas burguesas, patrones culturales y formas de vida, ahonda en los límites estructurales de la sociedad capitalista como forma histórica y social. Su reverso, esto es, el presente proceso de proletarización que sufrimos cada vez más capas de la clase trabajadora de Occidente -hasta ahora relativamente acomodadas-, aumenta la posibilidad de generalización del desapego hacia las formas de socialización y organización burguesas. Y es que, al paro estructural, encarecimiento de las condiciones de vida o endurecimiento del código penal parecen contraponerse, en el mejor de los

2. N. del editor: Debido a la extensión de las referencias citadas en el presente artículo, hemos decidido ubicarlas al final del mismo, en la página 35. Hemos decidido mantener los márgenes laterales vacíos con la misma pretensión que con el primer número: para que los espacios en blanco sean suficientemente amplios como para facilitar las anotaciones, propias del estudio crítico, no de la lectura complaciente.

casos, meras consignas con aspecto transformador y popular por parte de aquel agente político que pretende erigirse como principal salvaguarda de los 'intereses de la mayoría': la socialdemocracia.

Así pues, en este contexto de inestabilidad generalizada no es de extrañar que sea justamente en aquellos sectores más golpeados, principalmente en la juventud proletarizada, en quienes esté tomando peso la necesidad inminente de ruptura con lo que hasta el momento podía ser considerado como alternativa deseable y viable a la gestión capitalista: las que venían siendo propuestas radicales y de izquierdas, como el fenómeno PODEMOS en el caso español o los diversos programas independentistas en varios territorios del estado. El abismo económico que aumenta sin cesar y separa la forma de vida de la menguante clase media y el creciente proletariado supone la posibilidad de convertir la ruptura económica en política: esto es, de que al programa integracionista y reformista de la socialdemocracia, característico del período de estabilidad capitalista previo, pueda contraponerse la alternativa comunista.

Con la década pasada, un ciclo político llega a su fin, pero, con él, el curso de la historia de la emancipación de los y las oprimidas continúa su ferviente marcha sin cesar. Así parece señalarlo la convicción mostrada por las nuevas generaciones de militantes en Euskal Herria y otros territorios del estado, que no han sucumbido frente a la debacle sistémica y han hecho suya la tarea de construcción del socialismo, con el compromiso y la determinación iniciada por miles de comunistas varios siglos atrás. En cualquier caso, la necesidad de romper con la comúnmente conocida por los socialistas alemanes como «vieja y probada táctica» ha sido un reto recurrente en la tradición comunista y, por ello, considero de especial actualidad y pertinencia la revisión -crítica- de aquellos debates estratégicos en el seno del movimiento socialista del siglo XX.

## **DE CONTINUIDADES Y RUPTURAS: UN RECORRIDO...**

En tanto estos enmarcan la ruptura con el paradigma conciliador que con el inicio del nuevo siglo y la expansión del movimiento obrero Karl Kautsky convirtió en doctrina para la socialdemocracia, reconstruir las posiciones antagonistas de comunistas como Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek o Vladimir Lenin puede resultar, cuanto menos, esclarecedor. Lejos de ser una mera labor historiográfica, se trata de acudir a cuestiones que las nuevas generaciones de militantes tenemos entre manos: el papel de la lucha de masas, los límites del parlamentarismo, o la concepción de la toma del poder en la época del capitalismo avanzado. Es más, volver la vista atrás y hacer nuestra la postura revolucionaria, además de ser una decisión ética, ha de ser realizado reconociendo la derrota del comunismo como alternativa integral, no sólo realizable, sino también deseable y superior a la formación social burguesa; y, por tanto, asumiendo la necesidad de revisión crítica de las concepciones estratégicas imperantes en la tradición socialista del siglo pasado.

## **SOBRE LA COMPLEJA RELACIÓN ENTRE LOS PARADIGMAS ABIERTOS CON LA II Y III INTERNACIONAL**

El eco de aquel 4 de agosto de 1914 retumba aún en la memoria socialista; tanto es así, que ha llegado a convertirse en lugar común y punto de partida para la interpretación del proceso político abierto con la conformación de la II Internacional en 1889. El fin de aquel ciclo de organización socialista a escala supranacional fue sellado con la conocida «traición» iniciada por los líderes parlamentarios del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y continuada por el resto de facciones socialdemócratas de las naciones beligerantes al aceptar el expansionismo bélico de sus respectivas burguesías. No obstante, resulta cuanto menos sesgado y limitado tratar de explicar la derrota histórica de la II Internacional partiendo de la voluntad contingente de sus cargos directivos. Frente a ello, tal y como sucede con la crítica de los planteamientos de

los movimientos transformadores en nuestros territorios, se torna insuficiente considerar el motivo de una derrota histórica un mero «cambio de estrategia», «deriva» o «error de cálculo» puntuales; pues estos últimos sólo pueden ser el resultado de la consolidación de tendencias que existían previamente y que, por tanto, denotan límites estratégicos.

Siguiendo a Jorge Feldman nos valdremos de la relectura de los principales debates estratégicos de comienzos de siglo -el desarrollado en torno a la cuestión de la huelga de masas y partiendo de la misma, de la estrategia a implantar en las modernas sociedades burguesas-, para ilustrar «los límites en que se movía el pensamiento político de la época»<sup>3</sup>. Debe señalarse, sin embargo, que la existencia de límites analíticos en la comprensión del proyecto vital de Marx -la Crítica de la Economía Política-, en el pensamiento doctrinal marxista en la época de la II Internacional, y las consecuencias que ello tuvo a la hora de analizar el funcionamiento y alcance del capitalismo y, por tanto, su superación, no ha de llevarnos a homogenizar o simplificar las tendencias críticas existentes en su seno, posteriormente recuperadas y sistematizadas tras la Primera Guerra Mundial a través de la III Internacional<sup>4</sup>. Estas lecturas terminan por mimetizar el pensamiento kautskiano y leninista, dejando de lado, entre otras cuestiones, el uso profundamente distinto que hacen de la defensa de la inevitabilidad de la caída del capitalismo<sup>5</sup>. La contraparte de esta interpretación no debería ser, sin embargo, una contraposición excesiva entre la ruptura a partir de 1914 de Lenin con el que hasta entonces fuera su mentor y la agónica formación reformista internacional.

Aún y todo, no ha de perderse de vista la admiración expresada por el organizador bolchevique hacia el SPD, hasta el punto de indicarlo como modelo del movimiento obrero internacional, y siendo su base programática de Erfurt de 1891 fuente de inspiración en la creación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) en 1898. Tanto es así que no hay testimonio escrito anterior a 1914 en el cual Lenin seña-

lara diferencia teórica fundamental alguna entre su concepción estratégica y la que imperaba en la II Internacional<sup>6</sup>. La única excepción en lo que a la posición adoptada en el terreno internacional respecta tal vez fuera el Congreso de Stuttgart de 1907, en la que Lenin votó por primera vez con el ala izquierda de la socialdemocracia contra Bebel. Es igualmente conocido que, en los primeros años de la conformación de su pensamiento político, a principios de la década de 1890, Lenin prestó especial atención a Kautsky, que entonces gozaba de prestigio internacional, llegando a tomar prestados párrafos explícitos ya en 1899 del teórico alemán que anticipaban la concepción expuesta en la conocida obra de 1902 *¿Qué hacer?* en lo que respecta a la relación de la socialdemocracia y la conciencia espontánea del movimiento obrero<sup>7</sup>.

En cualquier caso, el programa de Erfurt es especialmente significativo, en tanto que respondió al debate existente en el seno de la socialdemocracia germana sobre cómo actuar frente a la nueva situación de legalidad creada por la derogación de las leyes antisocialistas impuestas bajo el mando del canciller Bismarck. Su relevancia política radica no sólo en la mera curiosidad de haber sido formulado conjuntamente entre los que habían sido contrincantes políticos -Bebel, Kautsky y Bernstein-, sino en servir de base doctrinal a la defensa casi mesiánica de la necesidad histórica del triunfo socialista<sup>8</sup>. La categoría de la «necesidad» cobra especial importancia, no sólo porque era utilizada para defender en términos históricos generales la inevitabilidad de la revolución, sino también por servir de justificación política a la estrategia parlamentaria confeccionada para la nueva atmósfera legalista<sup>9</sup>.

Engels no abrazó libre de recelo el programa de Erfurt, principalmente porque podría generar en el seno de la socialdemocracia una concepción evolucionista sobre el desarrollo de la historia. A pesar de ello, en él y en el marco comprensivo sistematizado por los líderes socialdemócratas de la II Internacional, lo que en Marx estaba presente en forma de principio dinámico o tendencial del capitalismo aparece como

ley histórica universalmente válida, llevando a negar uno de los principios constitutivos del programa comunista al convertir en doctrina la siguiente sentencia kautskiana de 1881: «nuestra tarea no es la de organizar la revolución; no hacer la revolución, sino usarla»<sup>10</sup>. Dicha sistematización del corpus teórico-político marxista enarbolada por la II Internacional conllevó una determinada estrategia para la conquista del poder político, basándose para su defensa y justificación en argumentos del propio Engels. Según éste, la capacidad demostrada por el SPD para utilizar el sufragio universal había proporcionado un instrumento con el que medir el desarrollo del socialismo. Ya en 1884, el éxito obtenido en las elecciones al Reichstag le sirvió para formular que era «posible calcular matemáticamente desde ahora la ecuación de su creciente velocidad, y por consiguiente el momento de su victoria»<sup>11</sup>. Esta tesis del desarrollo pacífico y la confianza de la posibilidad de emancipación de la clase obrera por métodos legales y parlamentarios se convirtió, principalmente gracias a la euforia del éxito electoral de 1890 -tras el fin de las leyes antisocialistas-, en la base de todas las consideraciones estratégicas y tácticas. No es de extrañar que el SPD fuera toda una autoridad política en el seno de la Internacional y que Engels afirmara en 1890, tras la conquista de más de millón y medio de votos, que el día de aquellas elecciones era «el inicio de la revolución alemana»<sup>12</sup>.

Así pues, ha de considerarse que la mal denominada «traición» a la causa revolucionaria de 1914 o, incluso, la conocida obra de Kautsky de 1918, *La dictadura del proletariado*, que automáticamente fuera objeto de impugnación por parte de su compañero Lenin, expresaban tendencias profundamente arraigadas en el corpus doctrinal marxista, ya que, desde los años comprendidos entre 1892 y 1895 puede encontrarse una producción teórica, principalmente expuesta de la mano de Engels y Kautsky, dirigida a la elaboración de la estrategia parlamentarista<sup>13</sup>. Es más, curiosamente, el propio Lenin aceptó la influencia en sus primeros años de aquellas reflexiones doctrinales<sup>14</sup>. Por lo tanto, la asunción de conside-

rar *El camino del poder* la obra magna de la defensa del «parlamentarismo revolucionario» profesada por Kautsky en 1909, se torna problemático, al igual que convertir en fetiche una fecha particular; no sólo porque en textos previos puede entretenerse el hilo argumental sistematizado en la misma<sup>15</sup>, sino porque ya para entonces había adquirido influencia política suficiente la famosa introducción de 1895 de Engels a la *Lucha de Clases en Francia*<sup>16</sup>.

En cualquier caso, a pesar de la influencia kautskiana y posible recepción del marxismo mediada por la interpretación basada en la lectura del líder alemán, es reseñable el contraste que asume desde los comienzos el activismo en el pensamiento leninista frente a la actitud fatalista de Kautsky: contra la lectura determinista que llevaba al líder alemán a defender secundariamente el papel de la intervención del partido (puesto que el destino de la liberación era inevitable), los escritos de Lenin sobre la revolución y la organización independiente del proletariado son claramente más específicos y dirigidos a afrontar tareas organizativas impuestas por la situación política del momento<sup>17</sup>. Además, llama igualmente la atención la enmienda parcial realizada por Lenin a su propia obra cuatro años después al señalar que sería un error separarlo «de la situación histórica concreta de un período determinado del desarrollo de nuestro partido, ya lejano»; así como que estuviera en él presente la conciencia de las diferencias constitutivas entre la sociedad europea occidental y la rusa<sup>18</sup>. Por eso, a pesar de la influencia del ejemplo alemán, Lenin llegó a concluir ya en 1899 que «no existían modelos listos para usar» imitables por el partido ruso. Esta posición volverá a cobrar relevancia en los años de reformulación estratégica iniciados entre 1914 y 1915, puesto que, como veremos, la conciencia de estar en fases de desarrollo histórico diferentes era la justificación de la falta de crítica radical hacia Kautsky<sup>19</sup>.

La gestación latente del antagonismo programático al calor del nuevo siglo

La lógica implícita en la concepción estratégica confeccionada en la década de los 90, al calor de la época de prosperidad iniciada a mediados de la misma, estaba basada en lo que Giuliano Procacci ha calificado como «percepción de una situación objetivamente modificada», esto es, de «la sensación general de que se había abierto en la historia del movimiento obrero un período nuevo»<sup>20</sup>. Dicho de otro modo: que con la derrota del 1871 de la Comuna y la modernización del sistema capitalista se había cerrado un ciclo y, con ello, un paradigma estratégico para la toma del poder<sup>21</sup>. El ciclo político que comprende la historia europea de 1848 a 1871 era caracterizado por la denominada «tradición jacobino-blanquista» o «insurreccionalista», según la cual una minoría podía apropiarse del aparato estatal. Esta fue rechazada doctrinalmente por primera vez en aquella Introducción de Engels, atendiendo a la conciencia de las nuevas condiciones de democracia parlamentaria<sup>22</sup>.

A partir de ahí, podemos atisbar en el seno del movimiento socialista la conciencia respecto a la falta de claridad estratégica, puesto que comenzó a considerarse y defenderse que la caracterización del método de lucha propuesto por Marx había llegado a su fin en la medida en que el desarrollo de la clase obrera había entrado en un nuevo ciclo. Pareciera sugerirse, y Kautsky así lo evidenció, que en Marx no se contenía una fórmula política para la lucha proletaria en todas sus fases<sup>23</sup>. La falta de claridad sobre el camino hacia la revolución era patente en cuanto el SPD se había limitado al camino legal del aumento del poder parlamentario y a la acumulación de votos; a la edificación de las organizaciones obreras para que una vez que se dieran las condiciones propicias pudiera ganar la batalla final en el terreno electoral<sup>24</sup>.

He mencionado la importancia en la confección de los paradigmas socialdemócrata y comunista de la controversia sobre la táctica, la *Organisationsfrage*, en el seno de la II Internacional. Su relevancia, y necesaria reconstrucción radica en que, como señala Marramao, en la polémica en torno a



la huelga de masas o *Massenstreik*, se hace patente la ruptura efectiva del “frente ortodoxo” del partido (Kautsky-Luxemburg) y la gestación de una nueva tendencia “radical”, a la que posteriormente se adheriría Pannekoek<sup>25</sup>. La revolución rusa de 1905 puso en evidencia divisiones partidarias que reconocían las articuladas en torno a la cuestión de la guerra. La experiencia rusa sirvió como base para el conocido folleto redactado en 1906 por la comunista polaca *Huelga de masas, partido y sindicatos*, en el cual se deja entrever la razón de la fisura antagonista con la dirección socialdemócrata: frente a los alemanes, defendió por primera vez la universalidad de la experiencia rusa, esto es, que el modelo insurreccional ruso se trataba también de «un capítulo de su propia historia social y política». La reacción de los lectores no fue demasiado favorable. El motivo de la discordia por parte de Kautsky fue, justamente, el haber pretendido erigir a las huelgas de masas rusas como modelo y «haber desdibujado las diferencias estructurales, económicas y políticas de Rusia y Alemania»<sup>26</sup>.

La cuestión de la huelga de masas había sido previamente discutida tanto en congresos internacionales como del propio SPD, pero el caso ruso elevó el debate a otro nivel: primeramente, porque en años anteriores se habían producido en varios países de Europa (Bélgica, Holanda y Suecia) grandes oleadas huelguísticas; pero, segundo, porque el ejemplo ruso evidenció la vigencia de la posibilidad de una revolución masiva, que sintetizara tanto la lucha económica como política<sup>27</sup>. A pesar de que por aquel entonces no tenían plena conciencia de ello y se presentaban como una discrepancia de carácter coyuntural, pues Luxemburg no pretendía poner explícitamente en cuestión las bases constitucionales ni la organización del partido, aquellas cuestiones realmente denotaban diferencias de fondo. Ambas tendencias partían de consideraciones antagónicas en lo que a la caracterización de la nueva época del capitalismo respectaba; y, por tanto, proponían estrategias contrapuestas para la transición al socialismo en los países avanzados. Los líderes centristas del SPD se basaban en una defensa formal de la huelga de masas, en forma

de golpe último al poder burgués y no tanto como elemento constitutivo de la estrategia socialdemócrata. Según ellos, la «lucha callejera» era inefectiva para «sostener el avance parlamentario» y la «articulación de mayorías» en el seno del aparato estatal<sup>28</sup>.

Paralelamente, la enseñanza que Rosa Luxemburg extrajo de la revolución rusa de 1905, imprescindible para la posterior elaboración de la estrategia proletaria, fue que la huelga de masas no era una meta de la lucha política, un fin en sí mismo, puesto al servicio de la estrategia de acumulación de fuerzas electorales -del parlamentarismo-<sup>29</sup>, sino parte de la estrategia para la toma del poder por el proletariado organizado independientemente. Considero que no sería adecuado ver en la autora un principio de anarquía, o una impugnación absoluta de la necesidad de la organización o forma-partido. Enmarcada en aquel contexto de progresiva relevancia de la estrategia integracionista, hasta haberse convertido la socialdemocracia en la pata izquierda del capital, la defensa de la determinación «espontaneísta» puede ser entendida como mecanismo todavía latente encaminado a desarrollar alternativas organizativas a la socialdemocracia alemana, que justificaba su práctica parlamentarista mediante la negación de la potencialidad constructiva de la fuerza proletaria<sup>30</sup>.

Cuando en el seno del partido socialdemócrata más relevante del movimiento europeo estaban en pugna las que posteriormente serían posturas estratégicas antagónicas, la asunción de Lenin de la especificidad rusa le hacía negar su validez como ejemplo político más allá de sus fronteras. Es más, cuando en 1909 y 1910 la polémica en torno a la huelga de masas adoptó influencia de nuevo, Lenin se situó del lado de Kautsky. La convicción de fases de desarrollo diferentes entre Oriente y Occidente creaba aún en Lenin posturas escindidas respecto a posiciones centristas: mientras defendía la estrategia del asalto directo frente a los mencheviques rusos, no resultaba tan claro en el caso de Alemania<sup>31</sup>.

En cualquier caso, la pasajera 'abstención' respecto a los debates europeos no condenó al buró bolchevique a 'traducir al ruso' el modelo propuesto por Engels en su polémica Introducción; y, por tanto, a defender la universalidad de la estrategia electoralista. Lenin no negaba el carácter de revolución democrático-burguesa, sino que su novedad teórica se encontraba en que frente a la defensa del «predominio de los elementos terratenientes y de la gran burguesía» proponía «el predominio de los elementos campesinos y proletarios» culminando así en la «dictadura democrática del proletariado y campesinado»<sup>32</sup>. Frente a Engels, Lenin hace suyo el modelo jacobino -insurreccional, si se quiere-, pero añadiendo dos determinaciones ausentes en la Alemania de 1848 y en la Francia de 1871, que preconizaban la ruptura con el paradigma interclasista y parlamentaria kautskiano: la organización independiente del proletariado que hiciera posible su liderazgo frente al resto de sectores oprimidos.

### **DESTRUCCIÓN DEL ESTADO FRENTE A LA CONSTRUCCIÓN DE MAYORÍAS PARLAMENTARIAS**

Cuatro años después de la polémica encendida con la publicación de '*Huelga de masas*', Rosa Luxemburg abrió de nuevo el debate en marzo de 1910, con un artículo titulado '*¿Y después qué?*', al que Kautsky respondió ironizando con su texto '*¿Y ahora qué?*'. El motivo de la discusión era la forma de lucha a seguir para la consecución de un objetivo por ambos compartido: la reforma electoral prusiana<sup>33</sup>. Tras la posterior respuesta de Luxemburg, y poniendo encima de la mesa las tensiones crecientes entre ambos, Kautsky formuló su texto "*Una nueva estrategia*"; y, Rosa reiteró su posición en '*La teoría y la praxis*'. Tal vez el cariz eminentemente coyuntural fuera la razón que llevara a Lenin a situarse, como he señalado, en el lado kautskiano en esta pugna.

No sería sino tras varios meses de aquella polémica en torno a la actividad del SPD y la relación de la lucha callejera y

parlamentaria que esta volvería a reaparecer, esta vez entre Pannekoek y Kautsky. Como señala el segundo en su última respuesta '*La nueva táctica*', el motivo de la discordia fue su serie de artículos publicados en otoño de 1911 en la *Neue Zeit* sobre la acción de masas; a los que Pannekoek contrapuso su escritos de 1912 titulados '*Acciones de masas y revolución*' y '*Teoría marxista y táctica revolucionaria*'. No resulta en absoluto casual que, como he expuesto previamente, Lenin retornara a este último debate y que extrajera de aquel sus consideraciones estratégicas de mayor calado en lo que a la relación del proletariado con el estado y de la toma del poder respecta. Así, entre discrepancias de 'cálculo político' comienzan a entrecruzarse diferencias de fondo; y, tal vez, esta discusión sea la realmente relevante en la conformación de dos doctrinas antagónicas: la socialdemócrata y la comunista.

Primeramente, reconstruyendo los principios doctrinales enumerados y desarrollados por Kautsky, constitutivos del programa socialdemócrata, no ha de perderse de vista que, tal y como las propuestas de izquierdas y soberanistas actuales profesan, irónicamente el punto de mira de la estrategia enarbolada por los conciliadores con el capital continuaría siendo la revolución. La cuestión es que, como certeramente reconoce el propio Kautsky, «el concepto de revolución admite numerosas interpretaciones»<sup>34</sup>. Claro está, no se trata de un asunto meramente cuantitativo, sino cualitativo: esto es, lo relevante no es que haya muchas acepciones al respecto, sino cuál es su contenido. Para el líder alemán, puesto que rompe con el aparato crítico marxista, el estado no sería sino un «instrumento», el más poderoso instrumento, en el que se encuentra la clave del funcionamiento del sistema capitalista. Por tanto, apoderarse del mismo sería el objetivo final de la revolución<sup>35</sup>. Por ello, siendo la visión positivizada del estado el eje en torno al que gira la estrategia kautskiana, profundamente *estato-filica*, los límites de la revolución sólo pueden ser conceptualizados en los confines del estado, en el interior del mismo<sup>36</sup>. Sólo así puede comprenderse, el definir la revolución como un «enérgico desplazamiento de fuerzas en el

estado»; o mediante consignas que resuenan al vocabulario político de la izquierda actual, como aquella que afirma «la revolución política como *transformación* esencial del estado»<sup>37</sup>.

Kautsky propone, caracterizando el estado burgués a través de la más canónica tradición liberal (Montesquieu), que la empresa que el proletariado habría de hacer suya sería convertir en efectivo el equilibrio «entre el poder legislativo, ejecutivo y judicial»; esto es, corregir las «desviaciones», «errores de funcionamiento» contingentes presentes en cada forma estatal. A ojos del alemán, la fuente de la injusticia y dominación política respecto a los oprimidos sería que, en el sistema capitalista, «la burguesía busca siempre aumentar su participación en el poder estatal en detrimento tanto del gobierno como de los tribunales» [puesto que] «teme la intromisión del proletariado en la legislatura». Frente a ello, el proletariado «debe aspirar a que los cuerpos legislativos dominen sobre gobiernos y tribunales [...] mientras lucha por eliminar aquellos cuerpos legislativos de los que está excluido»<sup>38</sup>. Dicho de otra forma, y remitiéndonos a textos posteriores haciendo honor a su aspiración pequeño-burguesa, el objetivo del proletariado habría de ser, para el líder alemán, tomar el «control del estado»<sup>39</sup>. Así, diciendo combatir la aspiración quimérica de Pannekoek, Kautsky deja entrever las consignas programáticas de aquella «vieja y probada táctica» que, un siglo después, los sectores ‘sensatos’ de izquierdas, la plana mayor de la nueva socialdemocracia pretende todavía aplicar frente a la propuesta comunista por considerarla preterita, irrealizable y fracasada:

«¿Qué quiere decir él entonces, con la “total destrucción de la organización del estado”? ¿Querrá suprimir quizás la función estatal de los empleados del estado? Pero si nosotros en el partido y los sindicatos no podemos prescindir de empleados, mucho menos entonces será posible hacerlo en la administración del estado. Nuestro programa tampoco exige la supresión de los empleados estatales, sino que la

*administración sea elegida por el pueblo. [...] ¿Qué ministerio con sus empleados podrá ser disuelto? ¿El de educación? Seguramente que no. Nosotros reclamamos aún más escuelas y maestros que los que tiene el estado actual y no queremos transformar las escuelas en privadas. [...] ¿Tal vez el ministerio de justicia? Nosotros debemos aspirar a que se termine con la actual justicia de clase, pero no a que deje de existir la justicia. [...] ¿Entonces el ministerio de finanzas! Pero no, nuestro objetivo no es la supresión de los impuestos, sino otra distribución de sus cargas, la más amplia aplicación de impuestos a los ricos. Este se transformará en uno de los medios más eficaces de expropiar a los expropiadores. Por lo tanto, tampoco debemos prescindir de los recaudadores de impuestos. ¿Y el ministerio del interior, la policía? No, tampoco en este caso es nuestro deseo disolverlos, sino transformar su función [...] para que haga cumplir las leyes de seguridad en el trabajo; policía contra los ricos en lugar de contra los pobres»<sup>40</sup>.*

Al fin y al cabo, este no es sino el viejo cuento del capitalismo con rostro humano, donde la policía está al servicio del pueblo, ataja los delitos que realmente preocupan; donde se recauda más dinero quitando al poderoso y dándoselo al necesitado; pues, a fin de cuentas, los males del capitalismo son fruto de «desviaciones», «contingencias», «gestiones avariciosas». A pesar de sus aspiraciones, el propio Kautsky no tuvo por menos que admitir que, ya por aquél entonces, «el trabajo legislativo de los parlamentos es cada vez más lamentable»<sup>41</sup>. Pero la causa no se encontraba para él en el propio funcionamiento del capitalismo, sino en la voluntad equivocada de quienes gobiernan. Por ello no podía más que señalar que «las mayorías actuales en los parlamentos no son impotentes, sino que no desean atacar a esos males. Dispuestos a ello están sólo nuestras facciones en el parlamento»<sup>42</sup>. Esto

es, si gobernaran “los representantes de la gente”, una formación política y no la otra, *las cosas irían de otra manera*; a pesar de que el curso de la historia se ha encargado de demostrar la falsedad de tal argumento. Irónicamente, aquel partido alemán que consiguió llegar al poder terminó siendo la pata izquierda del capital en el gobierno alemán durante el intento revolucionario de 1918 y 1919.

Contrariamente, la respuesta de Pannekoek a lo que él calificó como «profundo desacuerdo táctico entre los que habían compartido previamente un terreno común como marxistas» encierra los principios políticos de lo que podemos caracterizar como programa proletario o comunista<sup>43</sup>. En cualquier caso, a pesar de guardar en términos generales absoluta vigencia y aplicabilidad, adolecen, como veremos, de lagunas e indeterminaciones a la hora de caracterizar la construcción del socialismo que no pueden ser pasadas por alto. Aún y con todo, no ha de perderse de vista que su pertinencia radica en la agudeza mostrada en un contexto de falta de claridad estratégica para abordar los «nuevos retos» que el desarrollo del capitalismo había impuesto. Este proceso histórico, llevó tanto a la dirección como a la base militante del principal partido socialista europeo a abrazar la postura conciliadora, pero Pannekoek fue capaz de mantener con firmeza la defensa de la «actualidad de la revolución». Así, fue certero al señalar la necesidad táctica de considerar las «nuevas formas de acción en el movimiento obrero desarrolladas bajo la influencia de las formas modernas del capitalismo»<sup>44</sup>.

Es más, en aquel período histórico caracterizado por la resaca de las victorias electorales, la reciente estabilización del capitalismo y la confianza plena en la posibilidad de su transformación (donde ésta quería decir “intento de gestión”) popular, Pannekoek enarboló una de las críticas más radicales -tal vez un tanto intuitivas- al armazón teórico de la socialdemocracia: que el propio desarrollo histórico del capitalismo, esto es, las tendencias inmanentes al mismo, acarrearán inevitablemente la aparición de la crisis, y que los «nuevos

peligros y catástrofes que amenazan -tanto a la pequeña burguesía como a los trabajadores- y los empuja a la resistencia; los impuestos, la carestía, el peligro de la guerra [...] sólo en parte tienen su origen en resoluciones parlamentarias y por tanto sólo parcialmente pueden ser combatidas en el parlamento»<sup>45</sup>. No debería menospreciarse el matiz que contiene «parcialmente», ya que este no defiende incondicionalmente la impotencia del parlamento. Los límites del mismo se encontrarían, más bien, en la imposibilidad de «suprimir en mayor medida los efectos básicos del capitalismo, las causas de la elevación del coste de la vida»<sup>46</sup>. Así las cosas, esta consideración no le lleva a negar la importancia de la lucha parlamentaria, puesto que él mismo ratificó que «si las masas tienen o no portavoces en el parlamento está lejos de carecer de importancia»; pero ello no habría de cegar al proletariado organizado. ¿Por qué? Porque «la fuerza determinante, crucial, descansa fuera»<sup>47</sup>.

El comunista holandés continúa su argumentario, haciendo justicia histórica al pisoteado principio de la irreconciliabilidad de los intereses entre clases, puesto en cuestión mientras se plantea la «conquista del poder» mediante mayorías parlamentarias, y ratifica que esto último no deja de ser una utopía. Así enarbola un ataque doble al sueño parlamentarista: porque si, efectivamente, la llave del poder burgués se encontrara en el parlamento, la burguesía «no nos va a ofrecer los medios formales para desalojarla pacíficamente»<sup>48</sup>. Puesto que la estrategia institucionalista descansa en esa premisa doble, esto es, en la defensa férrea del estado como fuente de poder y en la creencia en la posibilidad de su conquista pacífica, la falsación de ambas lleva a negarla como posibilidad real. Partiendo de esta concepción, la única conclusión lógica posible, que reconstruye y actualiza la tradición marxista clásica, no es otra que la famosa sentencia: «todas las revoluciones perfeccionaron este aparato en vez de destruirlo»<sup>49</sup>.

Quisiera reiterar que el alcance de la postura defendida por Pannekoek dista de haber contrapuesto a la perspectiva



parlamentarista una concepción libre de mediaciones entre el objetivo perseguido y la situación actual. Contrariamente, la actualidad y agudeza del holandés radica en haber sido capaz de entrever cómo la propuesta kautskiana reproduce inevitablemente el etapismo, puesto que estaría «haciendo una distinción precisa entre acciones del día a día, que son sólo demostraciones y pueden convocarse a voluntad, y los acontecimientos revolucionarios imprevisibles del futuro»<sup>50</sup>. Quebrantando así la unidad táctica que descansa sobre la organización independiente del proletariado, cada victoria parcial o conquista de nuevos derechos dejaría de representar un avance en la correlación de fuerzas frente a la burguesía para convertirse en una mera «concesión» o «promesa», puesta al servicio del perfeccionamiento de la máquina estatal y no encaminada a su destrucción.

Frente al peligro de integración de una demanda o proceso de lucha concreto, Pannekoek ensalza el principio de la organización comunista y su desarrollo progresivo en el proceso revolucionario: «una vez concedido un derecho», la burguesía intentará luego recuperarlo, por lo que la historia no puede terminar con un mero «triunfo total o parcial». Contrariamente, «la lucha tiene que estallar nuevamente» hasta que «la organización del estado haya sido totalmente destruida». De esta forma, la actualidad de la revolución no ha de concebirse como una exaltación desmedida o fe ciega en la posibilidad de victoria en una «batalla final», sino como cálculo adecuado de la mediación entre las luchas de masas y el objetivo máximo, gracias a la cual «las luchas políticas y sindicales libradas hasta el momento acrecientan la fuerza del proletariado en una forma mucho más amplia, poderosa y profunda»<sup>51</sup>.

Aún y todo, sospecho que en Pannekoek está presente una visión limitada de la sustancia y alcance del poder burgués, una suerte de escisión entre explotación económica y dominación política, que mistifica la base de la dominación al situarla en «el control del poder del estado con todos sus instrumentos represivos». Ello le lleva a sentenciar que «si

el proletariado quiere conquistar el poder, debe derrotar al poder del estado, la fortaleza en la cual la clase dominante se ha atrincherado»<sup>52</sup>. Partiendo de tal carencia analítica, la fórmula política que propone no consigue superar la defensa -coyunturalmente pertinente- de la «lucha extraparlamentaria», en la cual la clase trabajadora «organizada actúa sobre la política interviniendo en forma inmediata y no a través de representantes»<sup>53</sup>.

La relevancia de este debate se vislumbra si recordamos que fue objeto de consideración por Lenin en el momento histórico que encerraba la posibilidad real de la toma del poder por parte del proletariado. Justamente, este líder comunista que antes de 1917 había dedicado escasa atención al problema del poder en el socialismo<sup>54</sup>, a raíz de las discusiones en la socialdemocracia rusa sobre el estado, agudizadas en 1915, decidió adentrarse en un estudio sistemático del marxismo y el estado. Así, recuperando los escritos paradigmáticos de Marx y Engels entonces disponibles, además de escritos de Kautsky, Pannekoek y Bernstein, completó '*El marxismo sobre el estado*', también conocido como «cuaderno azul», que posteriormente constituiría la base del famoso *El Estado y la revolución*, redactado en la clandestinidad en el verano de 1917<sup>55</sup>.

La enseñanza fundamental que extrajo de esta reconstrucción, a la luz de las tareas impuestas por la coyuntura, fue la formulación de la forma positiva del estado proletario; contraponiendo explícitamente por primera vez los soviets a los Parlamentos, en tanto formas organizativas del estado obrero o socialista<sup>56</sup>. Resulta pertinente reconstruir la figura de Lenin y este principio político por él rescatado, porque en torno al mismo giró la formulación contrapuesta a la caracterización de la toma del poder enarbolada por el programa reformista, así como la concepción estratégica que guio la experiencia bolchevique. Es más, el ciclo abierto con el octubre ruso condicionó el marco político que operaría en las experiencias próximas en occidente siendo el caso alemán de 1918 y 1919 el más paradigmático<sup>57</sup>. Esto es así en tanto consideraba

la experiencia bolchevique como el «prólogo» de la revolución socialista mundial, por lo que su mantenimiento y posterior desarrollo dependía de extenderse a otros territorios<sup>58</sup>.

De este principio internacionalista se deriva la justificación de la organización de la III Internacional, reivindicada como necesidad al declarar ya en 1914 la muerte de su anterior, y considerada su aparición de hecho en 1918 con el surgimiento del Partido Comunista Alemán<sup>59</sup>. Resulta pertinente resaltarlo, porque fue la concepción de la estrategia comunista de Lenin, en tanto organizador de la primera experiencia proletaria que alcanzó la toma del poder, la que orientó y sentó las bases del posterior ciclo político<sup>60</sup>. En la medida en que los comunistas alemanes habían sido el partido de Europa más avanzado en la lucha por el poder, y habían hecho suyas las directrices del líder bolchevique, el primer congreso de la III Internacional reconocía que sus principios constitutivos «estaban elaborados sobre la base del Spartakusbund y el POSDR». Estos, además, eran concebidos en contraposición y con pretensión de superación del programa conciliador socialdemócrata: se trataban, fundamentalmente, de la destrucción del Estado de la burguesía y la construcción de un nuevo aparato del poder proletario, en forma de república de los soviets a escala internacional. Estos nuevos aparatos organizativos habrían de ser el germen y expresión de la democracia proletaria, de la autodeterminación de las masas en contraposición a la democracia burguesa<sup>61</sup>. Para sostener el proceso revolucionario de construcción de poder proletario, antagónico al estado burgués, se consideró como premisa inquebrantable la articulación del partido comunista, esto es, la organización independiente y antagónica del proletariado, «propia, distinta y opuesta a todos los viejos partidos formados por las clases poseedoras».

## A MODO DE CONCLUSIÓN

El presente texto ha sido fruto de reflexiones personales, que indudablemente tenían como punto de partida una inquietud teórico-política promovida por la necesidad de clarificación estratégica constante, unida a la práctica militante comunista. La responsabilidad política inevitablemente contenida en la esperanza de estar viviendo en varios territorios del estado español la gestación de un nuevo ciclo político, aún en forma de ruptura organizativa o revisión de las formas de hacer imperantes en el ámbito militante, lleva implícita la tarea de recuperación histórica de la tradición socialista y torna imprescindible el estudio del comunismo. Así, no he querido sino señalar que, muchas de las cuestiones que hoy en día debemos clarificar -ruptura con el programa socialdemócrata, desarrollo de la lucha de masas o mecanismos de integración organizativa de sectores proletarizados- han sido objeto de preocupación y análisis de generaciones de militantes comunistas. Hacernos cargo de ello, de sus enseñanzas y límites estratégicos es una tarea fundamental en la actualización del programa comunista.

Para cerrar, quisiera concluir por tanto recogiendo las ideas principales que he intentado plasmar en este artículo:

1. La necesidad de reconstrucción y reinterpretación del pensamiento socialista estructurado durante las dos primeras décadas del siglo XX en Europa. Para ello, considero de especial pertinencia acudir a los principales debates abiertos en el seno de la II Internacional, en tanto formación política que estructura el pensamiento doctrinal, las formas organizativas y las líneas programáticas de los partidos socialdemócratas, al menos hasta el estallido de la guerra mundial. El paralelismo y, por tanto, la actualidad política de recurrir a las discusiones tácticas abiertas al comienzo del siglo se sitúa en la pretensión de desarrollar una estrategia política para la toma del poder adecuada a las características democrático-burguesas del capitalismo desarrollado. Justamente, la

asunción de cambio substancial en la forma política del poder burgués fue interpretada como justificación para la propuesta parlamentarista que alcanza hasta nuestros días.

2. Situar los límites analíticos de considerar en términos absolutamente antagonistas la tradición política abierta con la revolución bolchevique y la conformación del pensamiento doctrinal de la III Internacional; así como basar la interpretación del ciclo concluido con el inicio de la guerra mundial en una mera «traición» o renegación de los principios revolucionarios. Contrariamente, se propone como punto de partida la asunción de la complejidad y multiformidad en el seno del pensamiento socialista. Esto torna necesario, por un lado, rastrear las huellas de la gestación de la propuesta reformista en el interior del mismo, a fin de alcanzar a situar conceptualmente la falta de claridad estratégica en lo que a la propuesta revolucionaria o comunista se refiere. Y, por otro lado, estudiar la posible influencia programática que el pensamiento reformista tuvo en la gestación y desarrollo de la alternativa rupturista o proletaria. En cualquier caso, esto nos llevaría a admitir que la elaboración de la propuesta comunista tiene elementos constitutivos previos y ha de considerarse más allá de la experiencia bolchevique.

3. Entre los puntos en común o nexos entre la tradición política de la II y III Internacional, tomar en consideración el alcance de la confianza en la proximidad de la caída del capitalismo que operaba en ambas. Así, se debería tener en cuenta la recepción que el proyecto de la Crítica de la Economía Política (CEP) de Marx tuvo entre los militantes comunistas de principio de siglo y cómo ésta condicionó la concepción en torno a cuestiones fundamentales como la crisis, la fase monopolista, la inevitabilidad del socialismo o la inminencia de la revolución. Por otro lado, he señalado que sería necesario analizar la interpretación del funcionamiento y el alcance del poder burgués, al haber sido patente la dificultad del comunismo para plantear una alternativa integral a este.

4. A modo de aproximación y con el fin de señalar los puntos de antagonismo entre la propuesta reformista y comunista, gestadas en el seno de la II Internacional, me he remitido al debate abierto entre 1911 y 1912 en el seno del SPD entre Karl Kautsky y Anton Pannekoek. En el mismo se pueden entrever con mayor claridad los elementos de ruptura entre ambas posiciones. En el presente texto he tratado de recoger las de mayor calado estratégico, esto es, las que guardan relación estrecha con la concepción en torno a la toma del poder. Volver a los elementos constitutivos de la primera es pertinente en tanto la socialdemocracia actual los hace suyos e intenta revestirlos de ‘novedosos’: la concepción de la revolución en el seno del estado burgués, para lo que se propone la transformación esencial del estado o desplazamiento de fuerzas a través de la articulación de mayorías electorales. En el segundo, podemos encontrar elementos adecuados para la reactualización de la propuesta comunista: toma del poder como un proceso de construcción mediante la organización independiente del proletariado, en antagonismo con el estado burgués; la pertinencia de desarrollar procesos de lucha con vistas a perfeccionar y desarrollar el tejido organizativo comunista.

Revisar y profundizar los elementos constitutivos del programa comunista continúa siendo una labor actual para las nuevas generaciones de comunistas.

### NOTAS

3. Feldman., J; "Advertencia", en: Huelga general y socialismo. Encuesta Internacional. [José Aricó (dir.)], Cuadernos de Pasado y Presente (61), Buenos Aires, 1975, p. 6.

4. Estos límites existieron. Ejemplo de ello es la agonía del capitalismo «monopolista» anunciada por los socialistas radicales y moderados de este periodo, que en realidad estaba lejos de llegar. Es más, el poder burgués a principios de siglo estaba en pleno apogeo, y su alcance no logró ser desentrañado por los militantes de aquella época. Sería necesario un balance crítico del movimiento socialista en el período de entreguerras para comprender las consecuencias políticas de esta deficiencia.

5. Marramao, G.; Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años veinte y treinta, Cuadernos de Pasado y Presente (95), México D.F, 1982, p. 79-81. Un claro ejemplo de esta tendencia puede encontrarse en la propuesta de la corriente denominada Nueva Lectura de Marx, que siendo imprescindible para entender los límites analíticos del pensamiento de la II Internacional ha pecado de simplificar extremadamente el pensamiento leninista y sus concepciones políticas. Véase, a modo de ejemplo: Ruiz Sanjuán, C; La nueva lectura de Marx (p. 25) o Historia y sistema en Marx... (p. 12); y Heinrich, M.; Crítica de la economía política... (p. 56)

6. Feldman, J., "Advertencia", *ibid.*, p. 7. Incluso ha de tenerse en cuenta que en la obra *Dos tácticas de la socialdemocracia... de 1905*, Lenin llegó a afirmar explícitamente: «¿Dónde y cuándo dije que el revolucionarismo de Bebel y Kautsky es oportunismo? ¿Dónde y cuándo pretendí haber creado en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, no idéntica a la de Bebel y Kautsky? La compleja unanimidad de la socialdemocracia internacional en todos los grandes problemas del programa y la táctica es un hecho incontrovertible» (Lenin, V.; *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, 1905).

7. Johnstone., F; "Un instrumento político de nuevo tipo: el partido leninista de vanguardia", en: *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIIª Internacional (I)* [Eric J. Hobsbawm (ed.)], Editorial Bruquera, Barcelona, 1983, p. 428.

8. Broué, P.; *Revolución en Alemania (1917-1923) (I). De la guerra a la revolución. Victoria y derrota del 'izquierdismo'*, 1973, disponible en: [http://grupgerminal.org/?q=system/files/revolucion\\_en\\_alemania.pdf](http://grupgerminal.org/?q=system/files/revolucion_en_alemania.pdf). Así sentenciaba Kautsky en un comentario al programa aceptado: «Lo que no puede ser motivo de duda para quien haya seguido el desarrollo económico y político de la sociedad moderna [...] es la necesidad de la victoria final del proletariado» (citado en: Salvadori, M.; "Kautsky entre orotodoxia y revisionismo", en: Hobsbawm, E.; (ed.), *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (II)*, Editorial Bruquera, S.A, Barcelona, 1980, p. 234.

9. Fetscher, I.; "Bernstein y el reto de la ortodoxia", en: Hobsbawm, E. (ed.); *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (II)*, Editorial Bruquera, S.A., Barcelona, 1980, p. 175; y Salvadori, M.; "Kautsky entre orotodoxia y revisionismo", *ibid.*, p. 234

10. Steinberg, H-J.; "El partido y la formación de la ortodoxia marxista", en: Hobsbawm, E. (ed.); *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (II)*, Editorial Bruquera, S.A., Barcelona, 1980, p. 114. Tal y como Hans-Josef Steinberg, la interpretación evolucionista del marxismo se consolidó en los años 80 y principios de los 90 de este siglo sobre todo porque la tesis de la «necesidad natural» del fin de la sociedad burguesa parecía ofrecer una explicación adecuada de la crisis económica de aquel período de la «gran depresión». A ello se le unió una procesión de esperanza hacia la revolución inminente. El fin del capitalismo era caracterizado como un estadio próximo, inevitable y sencillo en sí mismo, exento de toda intervención política. Así podemos leer a Engels decir en 1884 que: «podemos cruzarnos de brazos y dejar que nuestros enemigos trabajen por nosotros» o a Bebel sostener que: «al final un hábil empujón hará que se hunda el viejo cascarón como un castillo de naipes» (citados en: *Ibid.*, p. 115). Aún y con todo, la estabilización o recuperación económica

a finales de los 90 hizo patente los límites estratégicos de la estrategia parlamentarista. Así, los límites de la ortodoxia marxista, convertida en doctrina, fueron atacados tanto desde posturas revisionistas como desde el ala radical. Y, frente a ello, la facción ortodoxa sólo pudo contraoponer su propia reproducción.

11. *Ibid.*, p.118-120.

12. *Ibidem.*

13. Kautsky, K.; *El camino del poder*, 1909, p. 28. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1909/1909-caminopoder-kautsky.pdf>

14. Johnstone, M.; “Lenin y la revolución”, en: Hobsbawm, E. (ed.); *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (I)*, Editorial Bruguera, S.A., Barcelona, 1983, p. 146.

15. El mismo Kautsky así lo reconoce en su obra de 1909, al citar varios escritos previos, redactados en 1893 y publicados en la *Neue Zeit*. Sentencias como las siguientes esconden in potentia el corpus teórico parlamentarista: «el Partido socialista, es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones»; «su victoria [del proletariado] y la derrota del capitalismo, son inevitables»; «como no sabemos nada preciso concerniente a las batallas decisivas de esta guerra social, es natural que no podamos decir por anticipado si serán sangrientas»; «no obstante, se puede considerar probable que en las luchas revolucionarias [...] los últimos [presión legislativa y moral] prevalecerán con más frecuencia que el empleo de la fuerza física»; «el peligro de la situación actual consiste en que corremos el riesgo de parecer más “moderados” de lo que somos. Cuanto más crece nuestra fuerza, más las cuestiones prácticas pasan al primer plano» [...] «más debemos evitar las provocaciones inútiles» (Kautsky, K.; *El camino del poder*, *ibid.*, p. 31-33).

16. En este escrito se afirman cosas como las siguientes: «Antes de terminar el siglo, habremos conquistado la mayor parte de las capas medias de la sociedad»; «Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual»; «La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos» (citado en: Feldman, J.; “Advertencia”, *ibid.*, p. 14). La curiosa vigencia que engendran estas afirmaciones radica en que entrañan tópicos ensamblados actualmente por la socialdemocracia: la fe ciega en la conquista de peso electoral, atrayendo a sectores acomodados; la confianza de la posibilidad de “desbordar el régimen” o “romperlo desde dentro”; y, sobre todo, el viejo mantra de que “se hace más daño al enemigo utilizando sus propias armas”. La controversia generada por la Introducción se basa, por un lado, en que Engels escribió al propio Kautsky quejándose de las «mutilaciones» editoriales impuestas al texto, a pesar de que él mismo accediera a que se eliminaran los párrafos problemáticos dada la amenaza de la nueva ley de excepción; y, por otro lado, en su reiterada mención en el ciclo de discusión táctico abierto en el seno del SPD. Todo ello ha llevado a historiadores marxistas a sentenciar que «la vieja y probada táctica de la socialdemocracia -que los alemanes ejecutaban con mayor éxito que las otras secciones de la Internacional- no parece haber sido producto de la distorsión de una prédica revolucionaria marxista formulada con anterioridad [...] sino el resultado de modificaciones de las situaciones políticas nacionales» (*ibid.*, p. 12-13).

17. Johnstone, M.; “Un instrumento político de nuevo tipo: el partido leninista de vanguardia”, *ibid.*, p. 429.

18. Citado en: Johnstone, M.; “Un instrumento político de nuevo tipo...”, *ibid.*, p. 433.

19. Feldman, J.; “Advertencia”, *ibid.*, p. 8

20. Citado en: Feldman, J.; “Una advertencia”, *ibid.*, p. 11.



## DE CONTINUIDADES Y RUPTURAS: UN RECORRIDO...

21. Kautsky, K.; El camino del poder, *ibid.*, p. 31.
22. Feldman, J.; "Una advertencia", *ibid.*, p. 10-11. Así, como expresa Engels en la famosa introducción: «El método de lucha de 1848 es hoy anticuado en todos los aspectos» (Engels, 1895: 108; citado en: Feldman, 1975: 14). Y es que tras los «levantamientos populares de 1848 [...] Alemania recorría su "etapa democrática". [...] Después de la derrota de la burguesía alemana en 1848, el incipiente movimiento obrero alemán cargó sobre sus hombros la tarea de completar la democratización del estado. [...] La misión que se asignaba al movimiento obrero era la de impulsar el proceso democrático, no por la vía revolucionaria que habían seguido sus camaradas franceses hasta 1871, sino a través de sucesivas reformas arrancadas al régimen» (*Ibidem*).
23. Kautsky, K.; La acción de masas, 1911, p. 20, disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1911/1911-accionmasas-kautsky.pdf>
24. Aricó, J.; Huelga general y socialismo. Encuesta Internacional, *ibid.*, p. 27
25. Marramao, G.; "Lo político y las transformaciones", *ibid.*, p. 78.
26. Feldman, J.; "Advertencia", *ibid.*, p. 6-8.
27. Aricó, J.; Huelga general y socialismo. Encuesta Internacional, *ibid.*, p. 26.
28. Kautsky, K.; La nueva táctica, 1912, p. 26, disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1912/1912-nuevatactica-kautsky.pdf>.
29. Como veremos, a Kautsky le corresponde el 'mérito' de haber integrado la denominada lucha «extraparlamentaria» en la estrategia electoralista al aceptar efectivamente la pertinencia de la misma, principalmente bajo la siguiente condición principal: que fuera capitalizable, utilizable, para fortalecer el frente institucional, considerado prioritario y único realmente eficaz. En afirmaciones como esta se contiene la formulación que resuena a la conocida «dicotomía» socialdemócrata de movimiento popular-lucha institucional: «entre las acciones del proletariado fuera y dentro del parlamento existe una íntima correlación, una estimula la otra, una crece con la otra» (*Ibid.*, p. 25), «construcción de la organización, conquista de todas las posiciones de poder que podamos lograr y retener con nuestras propias fuerzas» [...] «las huelgas de masas que quieren forzar una decisión política» [...] «pueden ser muy bien producidas ocasionalmente por decisión del partido» [...] «pero no suponen ninguna táctica nueva mientras se mantengan como meras manifestaciones» (*Ibid.*, p. 17 y 20).
30. Negt, O.; "Rosa Luxemburg y la renovación del marxismo", Hobsbawm, E.; (ed.), *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (II)*, Editorial Bruguera, S.A, Barcelona, 1980, p. 269. Mientras tanto, la impugnación kautskiana a la posibilidad de organización masiva e independiente y sostenida en el tiempo se basaba en argumentos pueriles, como que en tanto que la masa «no puede estar permanentemente reunida» [...] «sólo puede ser destructiva» [...] «jamás consigue recoger ella misma los frutos de la victoria, precisamente porque sólo logra destruir» (Kautsky, 1911: 8). De todas formas, la falta de claridad estratégica alternativa a la electoralista o integracionista condenó a las corrientes opositoras a mantenerse en el seno de la socialdemocracia (Feldman, 1975: 12). Es especialmente sintomático del cambio de actitud de Lenin respecto a su concepción estratégica la profesión que realizó, principalmente a partir de 1914, en torno a la necesidad de la independencia organizativa frente a posiciones centristas o la influencia pequeño-burguesa también para Occidente, al considerarlo como rasgo característico de la nueva etapa del capitalismo. Partiendo del principio de la autonomía de la organización se constituirá la tradición abierta con la formación oficial de la III Internacional en 1919.
31. Feldman, J.; "Advertencia", *ibid.*, p. 10.
32. Getzler, I.; "Octubre de 1917: el debate marxista sobre la revolución en Rusia", en: Hobsbawm, E. (ed.) *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIIª Internacional*

(I), Editorial Bruguera, S.A., Barcelona, 1983, p. 34. La importancia de esta consigna estratégica se halla, por un lado, en que frente a sus contemporáneos marxistas como Plejánov, atendiendo a las enseñanzas extraídas de la Comuna de París, Lenin propone que los socialdemócratas no deben sólo realizar una revolución democrático-burguesa, sino también asumir el poder, desburguesizando así el concepto de revolución «burguesa». Pero, por otro lado, en que a partir de 1915 emprendió una profunda revisión de tal paradigma, proponiendo entonces que ambas tuvieran lugar al mismo tiempo, siempre respetando la «independencia y la autonomía de nuestro partido». Además, no ha de perderse de vista que, tras la revolución de febrero de 1917, en tanto consideraba realizada la revolución democrático-burguesa en Rusia, la nueva tarea estratégica del partido bolchevique según Lenin habría de ser aislarse de la «democracia revolucionaria» en previsión de la fase siguiente, la instauración de una «dictadura revolucionaria del proletariado y de los campesinos pobres» (citado en: Getzler, I.; «Octubre de 1917...». *ibid.*, p. 36). Estas bases, confeccionadas al calor de los acontecimientos de la guerra mundial, y agudizadas por la experiencia bolchevique del 17, serán los principios programáticos en torno a los que girará la III Internacional.

33. Así, la comunista polaca basándose en resoluciones aceptadas por el propio congreso del SPD en favor de la utilización de la huelga argüía que el hartazgo generado por el nuevo sistema de representación electoral (que disminuía el peso del voto obrero) habría de ser considerado dentro de la casuística admitida para responder con la lucha callejera. Pero abstraídos de las determinaciones históricas, la pertinencia que dicha polémica esconde no es otra que el haber señalado, la subordinación de la utilización de la huelga al cálculo electoral de la socialdemocracia. «La huelga de masas no debe ser contemplada como el único medio mecánico utilizable para la presión política, que puede ser empleado artificiosa y asépticamente, según una receta preestablecida» [...] «No es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada» (Luxemburg, R.; «Y después qué?», en: *Debate sobre la huelga de masas. Primera parte, México, Cuadernos de Pasado y Presente* (62), 1975, p. 122).

34. Kautsky, K.; *El camino del poder*, *ibid.*, p. 3.

35. Citando a Marx y Engels, Kautsky afirma en *El camino del poder* que: «la revolución social hacia la cual tienden los esfuerzos del proletariado no podrá cumplirse hasta que éste haya conquistado el poder político», al cual identifica con el estado (*Ibidem*).

36. Es más, podemos sugerir que afirmaciones como esta contienen las bases de la «concepción hegemónica», de articulación de mayorías basadas en una (endeble) adhesión ideológica materializada en las urnas, pues «el objetivo de nuestra lucha política sigue siendo el mismo: la conquista del estado por la obtención de una mayoría en el parlamento y el ascenso del parlamento al dominio del gobierno» (Kautsky, K.; *La nueva táctica*, *ibid.*, p. 26).

37. Kautsky, K.; *El camino del poder*, *ibid.*, p. 5, 25 y 35.

38. Kautsky, K.; *La nueva táctica*, *ibid.*, p. 22.

39. Kautsky, K.; *La dictadura del proletariado*, 1918, p. 40, disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1918/1918-dictaduraprole-kautsky.pdf>. En cualquier caso, a pesar de ser estas formulaciones más conocidas, sería cuanto menos sesgado criticar la figura kautskiana reducida a la conocida «renegación» del marxismo de 1918. Puesto que, previamente, ya había sentenciado que su aspiración no era otra que «su propio partido esté representado [y] que los órganos del estado lo asistan [al proletariado] en sus luchas contra el capital» (Kautsky, K.; *El camino del poder*, *ibid.*, p. 6).

40. Kautsky, K.; *La nueva táctica*, *ibid.*, p. 11-12.

41. *Ibid.*, p. 22.

42. *Ibid.*, p. 24.

43. Pannekoek, A.; *Teoría marxista y táctica revolucionaria*, 1912, disponible en: <https://>

## DE CONTINUIDADES Y RUPTURAS: UN RECORRIDO...

[marxists.architexturez.net/espanol/pannekoek/1912/tactica.htm](http://marxists.architexturez.net/espanol/pannekoek/1912/tactica.htm).

44. *Ibidem*. Frente a la conciencia compartida tanto por los centristas como los revisionistas de una «situación nueva», la peculiaridad de Pannekoek se encuentra en haber sido capaz de enarbolar una defensa incómoda de la acción de masas en medio de un partido que ya estaba adquiriendo compromisos electorales y encadenado a la vorágine parlamentarista. El resto no habían tardado en sentenciar, siempre tratando de calificar su táctica como continuista, que las nuevas condiciones exigían utilizar métodos de lucha modernos, menos «espectaculares», pero profundamente más radicales. Esta consideración llevó a considerar como un mero remanente la posibilidad de un levantamiento masivo. Pienso que por ello habría que enmarcar la postura «activista» adoptada por el holandés como un intento de desmascarar los límites de valorar la «organización o actividad del proletariado» mediante el cálculo minucioso electoralista, que ponía sus estrechas miras en el juego institucional: «La táctica del proletariado se transforma, o menos, se amplía, en la medida en que incluye nuevos y más poderosos medios de lucha. Nuestra tarea como partido es despertar en las masas una clara conciencia de este hecho, de sus causas y también de sus consecuencias [...] una situación persistente y normal para el último período del capitalismo» (Pannekoek, A.; «Acciones de masas y revolución», en: *Debate sobre la huelga de masas. Segunda parte*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente (63).

45. *Ibidem*.

46. Pannekoek, A.; *Teoría marxista y táctica revolucionaria*, *ibid*.

47. Pannekoek, A.; «Acciones de masas y revolución», *ibid*.

48. Pannekoek, A.; *Teoría marxista y táctica revolucionaria*, *ibid*.

49. Justamente, esta apreciación de Marx contenida en *El dieciocho Brumario de 1852* vino a ser confirmada por la experiencia del 71 y fue el motivo de la única corrección añadida en el *Manifiesto Comunista* (Lenin, 1976: 48), un año después. Ya había sido, además, formulada en el Prefacio de *La guerra civil en Francia*. Así: «La Comuna ha demostrado sobre todo que la clase obrera no puede simplemente tomar posesión del aparato estatal existente y ponerlo en marcha para sus propios fines» (citado en: Lenin, V.; *El Estado y la Revolución*, Akal Ed., Madrid, 1976, p. 48).

50. Pannekoek, A.; *Teoría marxista y táctica revolucionaria*, *ibid*.

51. Pannekoek, A.; «Acciones de masas y revolución», *ibid*.

52. *Ibidem*.

53. *Ibidem*.

54. Si bien es cierto que cuando se llegó a la revolución de 1905 Lenin fue parte activa del debate encendido entre los socialdemócratas rusos sobre el problema del poder, planteándose qué otro tipo de gobierno debía sustituirlo, sobre todo hasta 1914 la tarea que le encomendaba al partido era la consecución de una revolución democrático-burguesa (Getzler, I.; «Octubre de 1917...», *ibid.*, p. 30).

55. Johnstone, M.; «Lenin y la revolución», *ibid.*, p. 147. El «giro hacia la izquierda» que encierra este texto canónico se entiende si recaemos en que Lenin consideraba que la revolución democrático-burguesa en Rusia ya se había realizado y, por tanto, excluía ya cualquier participación o apoyo al recién formado gobierno provisional (Lenin, V.; *El estado y la revolución*, *ibid.*, p. 437). Principalmente, a raíz de que a partir de abril el gobierno entrara en crisis, sin la participación directa de los soviets y de los partidos socialistas no era posible ningún gobierno. El soviet de Petrogrado, aún con influencia menchevique y socialista revolucionaria, había aceptado la participación en el gobierno, bajo su control. Por ello, la preocupación de Lenin, formulada en obras como 'La dualidad de poderes', era que el gobierno se revelara como adversario, pero que mientras tuviera el apoyo de los soviets no podía ser derribado. En

ese contexto han de enmarcarse consignas como «todo el poder para los soviets».

56. Johnstone, M.; “Lenin y la revolución”, *ibid.*, p. 149. Lenin atribuyó a esta concepción la máxima relevancia en sus Tesis de abril: «No una república parlamentaria [...] sino una república de los soviets. [...] En todo el país, de abajo a arriba» (citado en: *Ibidem*).

57. Hobsbawm, E.; *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIIª Internacional (I)*, Editorial Bruguera, S.A., Barcelona, 1983, p. 11

58. Agosti, A.; “El mundo de la III Internacional: los «estados mayores»”, en: Hobsbawm, E. (ed.); *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIIª Internacional (I)*, *ibid.*, p. 533

59. En todo caso, es necesario remarcar los peligros que tiene reducir la historia doctrinal de la Internacional Comunista, que se extiende hasta 1943, al periodo de conformación y sistematización de las tesis del ala izquierda de la socialdemocracia. La Internacional fue un campo contradictorio en el que convivieron distintas perspectivas políticas. Las que en el presente texto se pretenden recuperar son principalmente las de su organización y consolidación en los dos primeros congresos, en 1919 y 1920. Coincide históricamente, además, con la irrupción de un ciclo de lucha de masas y agitación, extendido en diversos países de Europa (Italia, Alemania, Hungría...) y la conformación de partidos comunistas en casi todos los territorios europeos.

60. Frente a interpretaciones que han querido ver una contraposición absoluta entre Luxemburg y el espartaquismo y Lenin, ella misma admitía que la crítica de ciertos aspectos no son desacuerdos sobre cuestiones de principio, sino todo lo contrario. Por lo que consideraba que tenían que «aprender de los bolcheviques. Ellos han tenido que sembrar para recoger frutos; frutos que podemos considerar nuestros y que nos servirán de experiencia» (Luxemburg, R.; *La revolución rusa*, 1918, disponible en: [https://www.marxists.org/espanol/luxem/111Larevolucionrusa\\_0.pdf](https://www.marxists.org/espanol/luxem/111Larevolucionrusa_0.pdf)). La fundación del KPD y la táctica previa propuesta a su núcleo espartaquista tenía la pretensión de ajustarse al modelo de acción bolchevique. Llama la atención igualmente la recepción y continuación del vocabulario organizativo bolchevique: la asunción y reivindicación de los consejos obreros, nombres de instituciones revolucionarias como comisarios del pueblo, comités o guardia roja. Y ha de señalarse igualmente que, a pesar de discrepancias tácticas de menor calado, Lenin consideró continuamente a los espartaquistas, ya desde 1917, como «el aliado más fiel y seguro de la revolución proletaria rusa y mundial».

61. Agosti, A.; “Las corrientes constitutivas del movimiento comunista internacional”, en: Hobsbawm, E. (ed.); *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIIª Internacional (I)*, *ibid.*, p. 466.